

de sus cadenas á esos desgraciados cautivos? Nosotros, nosotros, aunque somos tan débiles, aunque somos tan impotentes para asegurar nuestra propia felicidad. Su suerte está en nuestras manos. ¡Ah! si nos fuera dado abreviar los padecimientos de los que amamos sobre la tierra, ¡á qué sacrificios no nos resolveríamos muchas veces por salvar de la enfermedad ó de la amargura á nuestros parientes, á nuestros hermanos, á nuestros amigos! Y sin embargo, esas pobres almas que gimen en aquellos lugares de tormentos, son las que nos han amado en este mundo, son nuestros parientes, nuestros hermanos, nuestros amigos. ¡Y qué hay que hacer para consolarlos, para evitarles acaso largos años de martirio! Rezar, sufrir por ellos, ofrecer al Dios de justicia las débiles buenas obras que él nos inspira, en compensacion de los pecados que tan cruelmente expian aquellos desventurados.

¡Nosotros que todavía podemos merecer, roguemos por ellos!

Nada puede aumentar su felicidad. Todas las facultades del alma, todos los sentimientos del corazón, todos los sentidos del cuerpo tienen su género de goce y de delicia. Y aunque hay *mas de una morada en la casa del Padre celestial*, todavía es cierto que todos los elegidos de aquella gran ciudad están en el colmo de la ventura, pues que ninguno de ellos desea ni puede desear una felicidad mas completa. Si pudiera alcanzarlos alguna tristeza, sería ver á sus hermanos de destierro extraviarse ó desfallecer en el camino. . . Si algun deseo pudiera turbar su quietud, sería el de vernos cobrar el aliento, y caminar con paso firme siguiendo sus huellas. Nosotros pues que *tenemos sobre nuestras cabezas tantos testigos, vemos al combate que nos proponen, fijando los ojos en Jesucristo, el autor y el consumidor de nuestra fe*. Nuestros hermanos nos contemplan, nos excitan, nos esperan.

¡Gloria á ellos en las alturas de los cielos!

V.

Y Dios abrazaba con su amor esa inmensa familia, dispersa todavía, pero que debe reunirse en él. Centro y principio del ser, llamaba á esos tenues arroyuelos escapados de su manantial, como atrae el Océano todas las aguas derivadas de su seno. Y los cantos de júbilo de los unos, como los gritos de dolor y los gemidos de los otros, subían á él como un solo concierto, porque su misericordia cobijaba bajo sus alas á todos aquellos hijos de su poderío, cuya felicidad desea. Yo veía acercarse la hora, en que caían las paredes de bronce que separan á los miembros de la gran familia. Y las voces de los elegidos repitían en el cielo: *¡Gloria á Dios en lo mas alto de los cielos, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!* mientras que las voces del destierro repitían humildes y suplicantes: *¡Felices los muertos que mueren en el Señor!*

DE MARÍA Y DE SU CULTO.

Ave, maris stella!

Himno.

I.

La milagrosa predicacion de Jesús comenzó en las inteligencias una revolucion inaudita, que pronto completaron su muerte y su cruz legata á sus discípulos. Aquella profunda conmocion sacó al mundo de su letargo: los hombres levantaron la cabeza y tendieron la vista al Oriente. Todas las naciones rastreaban quebrantadas bajo el yugo de los romanos, cansados por su parte de la gloria y sin creencia en sus divinidades. El universo, aunque deslumbrado por las pompas del imperio, esperaba sin embargo algo mas poderoso que la antigua Roma, la gran divinidad de la epoca, rayo que amenazaba siempre y heria de muerte al menor grito de emancipacion: el mundo sufría bajo el yugo de Roma como Prometeo entre las garras del buitre. Grandes tinieblas pesaban sobre la humanidad, si una mano divina no ahuyentaba las uñas y no tocaba á la otra. Alzose pues la religion cristiana como un sol cuyos benéficos rayos se apresuraron todos á buscar, y los que se quedaron en la sombra no pudieron menos de fijar en él sus miradas, siquiera para blasfemar y maldecir.

¡Qué melodía tan deliciosa la de aquella divina voz que descendió primero sobre los pobres y dió sus perfumes á las envejecidas, como el cinamomo y la mirra! Aquel era el eco de la voz del Hijo de María, Hombre-Dios, síntesis viva de todo poder moral y de toda fuerza física, viniendo á sanarlo y fortificarlo todo, purificándolo al mismo tiempo. El primer altar que la gratitud hizo erigir al lado de los suyos, fué el de su madre, flor hermosa y duradera, nacida de un tallo desecado. El espíritu del Señor se posó sobre ella,

¡ojalá maravillosa elegido de toda eternidad! Como Jesús era el tipo del hombre en todos los grados de la vida, María fue el modelo de la mujer de esta suerte el cristianismo abrazó desde su origen a la sociedad entera. Tal es la idea que desenvolvimos en la segunda parte de este artículo, titulada la *Imitación de María*: ahora vamos simplemente á recordar los hechos.

Sa creo generalmente que la santa Virgen murió el año 48, después de haber podido ver los milagros hechos en nombre de su hijo, la primera persecucion de Jerusalem, los dos concilios de los apóstoles y su separacion, en el año 36, para predicar el Evangelio por todo el mundo. Los prestigios mágicos de Simon y de Apolonio de Tiana, en Capadocia, habian llegado hasta ella. La mayor parte de los verdugos de su hijo habian muerto en la infamia. Pilatos se mató como Judas. Habia lamentado la desgracia de los judios, ya cuando en Mesopotamia ó hácia Babilonia perecieron mas de cincuenta mil, ya en tiempo del hambre vaticinada por Agabe; pero todavia tuvo el dolor de ver al morir la persecucion de Herodes Agripa, que hizo degollar al obispo de Jerusalem, Santiago el Mayor. Durante la vida de María, todos los fieles le habian profesado una gran veneracion: siempre se le consideró como el tabernáculo vivo del Señor; pero después de su muerte se empezó en la Judea á tributarle un culto que á pesar de las heregias y de las persecuciones, se ha conservado como el del mismo Cristo.

Hasta el cuarto siglo ninguna voz interrumpió el himno de sus alabanzas: solo entonces empezaron á aparecer los hombres llamados *Anticomarianitas*, contradiectores de María y que atacaron su virginidad; pero Dios le suscitó uno de aquellos poderosos defensores que triunfan igualmente con la elocuencia de la palabra y la santidad de la vida. El error cundia principalmente por la Arabia, donde al fin lo destruyó San Epifanio, escribiendo á todos los fieles de aquella provincia una carta admirable por su elocuencia y fuerza de raciocinio.

En la misma época pasó de la Tracia y de la alta Escitia al mismo país un error enteramente opuesto, mezcla del cristianismo y de las fiestas paganas, error que cundió principalmente entre las mujeres. En el mes mas hermoso del año y por espacio de muchos dias, adornaban magníficamente un carro en el que estaba puesta una imagen de la Virgen, y ofrecian á esta tortas llamadas en griego *Collyrides*, de donde los partidarios de aquella secta tomaron el nombre de *Collyridianos*: tomaban su parte de aquellas tortas como una comunión, y adoraban á la Virgen como una divinidad. San Epifanio impugnó tambien este nuevo error, cuya idolatria hizo patente "María, dice, simple criatura mortal, nacida de Ana y de Joaquin, según el curso ordinario de la naturaleza, debe ser honrada, pero no adorada." Y porque las mujeres se habian establecido principalmente sacerdotisas de aquella su-

persticion, anuncia que en el cristianismo se les quitará la parte en el sacerdocio que tenian en todas las otras religiones; es de advertir que en la primitiva Iglesia habia diaconisas, &c. Solo ha quedado de este uso la distincion puramente nominal de canonesa; pero ¿por qué ha de prescribir para el porvenir la prohibicion que se juzgó necesaria en tiempo de San Epifanio?

En el quinto siglo nació la heregia de Nestorio, que atacó mas la divinidad de Jesucristo que la inviolabilidad de la Virgen. El sacerdote Anastasio, *syncrta* [*] del obispo Nestorio, habia dicho que la santa Virgen no era madre de Dios, sino de un hombre, instrumento de la divinidad, vaso que la llevaba, y la elocuencia de Nestorio sostuvo esta heregia. San Cirilo, obispo de Alejandria, se alzó contra el obispo de Constantinopla; pero Nestorio tuvo sus dias de triunfo: abusó momentáneamente de su poder y de la autoridad de su talento, sucumbió luego, fué desposeido, confinado en un monasterio, y en fin, desterrado. Murió después de increíbles agitaciones, lleno de miseria y de calamidades.

A pesar de los *contradictores*, puede decirse que el culto de la santa Virgen se estableció fácilmente en el mundo. Intimamente enlazada á la divinidad de Cristo, donde quiera que Cristo fué reconocido, su madre fué venerada, pero no de un modo tan uniforme como en el día. Por ejemplo, no siempre se ha creído en su asuncion. San Adaman, escritor del siglo VII, compuso una descripcion de los santos lugares, sobre la relacion de Asculfo, obispo de la Galla, que habia hecho el viaje de Jerusalem, y describiendo una iglesia del valle de Josafat donde se enseñaba el sepulcro vacio de la santa Virgen, "no se sabe, dice, en qué tiempo, por quien ni cómo fué sacado su cuerpo de esta sepultura, ni en qué sitio espera la resurreccion." Entonces se creia solamente que la santa Virgen habia muerto en Jerusalem, contra la tradicion que la hace morir en Efeso, en una edad muy avanzada. Pero en pieno concilio general, Rodrigo Jimenez, arzobispo de Toledo, sostuvo en 1215 como una creencia canónica la asuncion corporal de María.

Esta fiesta y la de la inmaculada Concepcion excitaron siempre algunas dudas: esta última no empezó hasta el dozavo siglo. Al tiempo de la censura de Abelardo, es decir, el año de 1140, con corta diferencia, se hace generalmente ascender la famosa carta de San Bernardo á los canónigos de León de Francia, relativa á la fiesta de la Concepcion, recientemente introducida en su diócesis: en ella dice, que es quitar á Jesucristo su prerogativa singular dársele á su madre, y que por consiguiente es disminuir la gloria de la Virgen en vez de acrecentarla. El privilegio de ser concebido sin la mancha original se ha reservado para solo aquel que debia santificar á todos los demás. A pe-

[*] *Compañero de celda*—syn—*junio*, Kella,—*Celda* en griego.

sar de san Bernardo, la iglesia adoptó esta creencia, porque vemos en 1521 que la facultad de teología de París, entre otras proposiciones de Lutero, censuró esta: *La contradictoria de esta proposición, la santa Virgen fué concebida sin pecado original, no está deseçada.*

Estas disputas raras y sin embargo importantes, este acrecentamiento de las fiestas de la Virgen, manifiestan cuál fué siempre para ella la veneración de los fieles. Los escritos de Pedro Damien, que vivió en el siglo XI, nos hacen saber que el pequeño oficio de la santa Virgen estaba ya establecido en su tiempo; que el sábado estaba consagrado porque el Señor descansó este día, y que por consiguiente era muy justo y conveniente dedicarlo á la santa Virgen, en quien descansó la sabiduría para el misterio de la encarnación. San Uladico de Augsburgo recitaba en el décimo siglo este oficio. Pedro Damien lo recomendó á todos los frailes, contando con este motivo cosas bastante particulares, como por ejemplo el suceso de un clérigo de Nevers, que hallándose ya para expirar, fué visitado por la santa Virgen, que para recompensarle de haber sido fiel en decir todos los días su oficio, hizo caer en su boca leche de sus divinos pechos, y lo sanó al punto. El papa Urbano, en el concilio de Clermont, en 1096, mandó que se recitase este oficio, que ya se imponían voluntariamente gran número de fieles y de congregaciones.

Puede pues decirse que desde los primeros siglos hasta nuestros días, nunca se ha interrumpido el culto de María, y aun también que no ha sido realmente atacado mas que por el protestantismo, que no ha podido arrancarlo de nuestras costumbres. Su influencia se ha hecho sentir tanto sobre las naciones en masa, como sobre los individuos separadamente: ha llegado á formar parte inherente y esencial de la religion, como la mujer de la humanidad; de la humanidad, cuyo nombre siquiera no existía antes de Cristo, y que no ha empezado sino como él, á sentirse en todos sus miembros, en todo su ser vivificado.

El día se abre y se cierra al nombre de María: si anuncia las fatigas del día, también anuncia el descanso de la noche: si habla de las duras necesidades de la vida, también inspira valor para soportarlas; cuando nos enseña desde lo alto del cielo con su hijo en los brazos, el lugar de confortamiento y de paz á donde no se puede llegar sino pasando por el agua y el fuego, según las palabras de las santas letras. ¿Y qué cosa mas poetica que esa voz matinal que despierta á los campos al salir el sol, cuando canta la alondra, cuando las flores despiden sus primeros perfumes, y aquella otra voz consoladora de la tarde que llama á la familia á reunirse al rededor del rustico hogar ó de la mesa que repara las fuerzas de los trabajadores? A la hora de la salutación angélica, al primer toque de la campana en las ciudades y en los campos, entre los grandes como entre los pequeños, todo rumor cesa, todo movimiento se suspende para rezar á oír como una santa inspiración.

Para el catolicismo, María es la religion, la Iglesia personificada. Si como está escrito, las puertas del infierno no han de prevalecer jamás contra ella, seguro es que no cesará el culto de María. Aurora resplandeciente, subió del desierto, hermosa y pura como el sol, Imágen sagrada del cristianismo, asienta sus pies sobre la luna, encima de los mundos, y se corona de estrellas. Algunas nubes se alzan alrededor, pero ninguna encubre sus divinas miradas. No hay un reino, no hay una ciudad, no hay una aldea que no consagre altares á María y proclame maravillosos ejemplos de su protección.

Nuestros mas dulces recuerdos, los mas empapados en el bálsamo de las flores y de las sensaciones angélicas, vienen todos de aquellas fiestas de la Virgen que encantaban nuestras imaginaciones infantiles, y de las oraciones que nuestras madres nos enseñaban por la noche, dirigidas á la Reina de los Angeles, y que hacían que nuestras madres nos fuesen más sagradas, porque ellas eran la primera imágen que teníamos para representarnos á María. ¡Oh! María está en todas las madres como en las vírgenes, y la religion de la familia sería menos cordial, llegaría menos al alma, sin el culto de la que es la salud de los enfermos y el consuelo de los afligidos. ¡Culto poderoso que se apropia á la familia aislada como á la humanidad entera! María es la sencilla esposa de José adornada de las mas preciosas virtudes domésticas; la rosa misteriosa, la azucena entre las espinas; pero es al mismo tiempo la estrella de la mañana que brilla sobre el universo, el camino que conduce al cielo, la aurora del sol de justicia, la puerta del cielo; es, sobre todo, la mujer fuerte, la que quebrantó la cabeza de la serpiente y rompió la imágen de la antigua esclavitud del linaje humano. Compadece todos los dolores porque todos los ha probado: santifica todas las alegrías y mezcla á ellas una santa melancolía, porque todas sus alegrías en la tierra consistieron en una sublime resignación, desde aquella en que el ángel le reveló su misión de sacrificio y de gloria, hasta la que debió sentir al volver á ver á su hijo resucitado, pero que la abandonaba para volver al seno de su Padre. Ni una sola, pues, dejó de tener alguna amargura, como las que nos vienen aquí en la tierra, á nosotros, pobres viajeros que caminamos debajo de la nube, semejantes al hebreo en el desierto.

¡Salve, flor de las vírgenes, reina de los cielos, arca de la alianza, símbolo eterno de una religion de maravillas y de beneficios!

¡Salve, madre de misericordia, santuario del casto y piadoso amor de nuestras floridas primaveras, vida, dulzura, esperanza!

¡Salvo, salvé todos los gemidos que suben de esta tierra, conmueven tu corazón, y tu mano misteriosa viene á enjugar el llanto de los pobres desterrados que te invocan en este valle de lágrimas.

¡Estrella de los mares, brilla siempre sobre nuestro cielo tempestuoso!

¡Dios te salve, oh dulce Virgen María!

DE MARIA Y DE SU IMITACION.

Como paloma escondida

Entre verdura frondosa,

Por qué te escondes, mi vida,

Por qué te escondes, hermosa!

El Cantar de los Cantares.

Hemos hablado en la primera parte de María y de su culto; vamos ahora á tratar de su imitación. Como un rayo del sol atraviesa por un cristal, así el niño divino salió del vientre de la Virgen que debía reunir en sí el contraste de todas las maravillas y de todas las humildades, todos los dolores, todas las alegrías y todas las glorias.

Esa brillante y suave imagen de la sagrada concepcion es una piadosa tradicion fundada en el sentimiento de que todo debió ser maravilloso y privilegiado en María, ó acaso en la necesidad de explicar á la infancia, curiosa é insaciable, lo que excede á toda inteligencia: tal á lo menos nos ha sido transmitida y estas ilustraciones de los misterios no se borran. Existe un antiguo poema español, incompleto por desgracia, escrito en el siglo XV por fray Lingo López de Mendoza, dedicado á su madre doña Juana de Cartagena, obra absolutamente desconocida en el dia, pero de que hemos visto una copia manuscrita en la biblioteca real de Paris, en que está presentada esta imagen con admirable belleza. Dice el arcángel Gabriel á María:

Tu quedarás tan entera
Del prenñado del infante,
Como el cristal que el viento
No puede mover ni quebrar.
Cuando en ella reverbera
El sol, y pasa adelante,
Que la deje en aquell' sono
Que la falló cuando vino.
Pues así sin corrupción
Serás de la encarnacion
D'aqueste Verbo divino.

Algun dia daremos cabal noticia de este curioso poema, titulado *Vita Christi*. Pero volviendo á nuestro asunto, qué cosa mas bella, mas grande, mas prodigiosa pudieramos presentar á la edad de la razon, y aun al siglo mismo, que la indelible sencillez de las escrituras, aquellas cuatro ó cinco paginas del texto evangelico en que se contiene toda la historia de María! Nada mejor pudieramos hacer que copiarlas aqui, si no estuviere en la memoria de todos: cada cual la recordará á medida que saquemos de ellas las consecuencias nuevas que emanarán perpetuamente de aquel manantial inagotable. Hemos manifestado el culto, la *devocion* á María, que fué el patrimonio de la edad pasada: sepamos conquistar sin perder nada de nuestra herencia: no quitemos ni una flor á los altares de María, pero conozcamos mejor las flores místicas, gracias de su alma, y que la nuestra debe cultivar en lo sucesivo. Ahora que las mujeres esperan haber nacido en una era nueva, ó que tienen á lo menos el presentimiento confuso de mas altos destinos, no olviden que María es siempre su tipo, su dechado; que la imitacion de María debe ser inmortal como la de Jesús. ¿Y qué le falta á esa nueva Eva, á esa madre de los vivos, madre de doña mujer oscura y glorificada; á esa mujer en quien se reunen, dice el autor del *Genio del cristianismo*, los dos estados mas divinos de la mujer, la Virgen y la madre? Así como es el modelo de la madre, sea pues el modelo de la Virgen esa dulce y modesta María que se desconoce á sí misma, que reza y se oculta en el templo, enamora á sus padres, toma sus lecciones, y crece serena y pronta sin embargo á recibir al ángel que ha de venir á visitarla. Aquel ángel verdadero para ella no debía ser un mortal, y si osáramos añadir á la razon justísima y bien conocida que queria que la madre de Dios, la esposa del Espíritu Santo fuese tan pura y singular entre todas las criaturas, diríamos que si María no nos ha ofrecido un modelo de amante, es porque fué madre muy jóven: no tenia mas que quince años cuando la salutación angélica y la maternidad observó su vida. ¿No se encierra en esta una admirable lección? Pero es madre, y desde este instante la mujer queda completa: ninguna podrá decir que esa madre es demasiado perfecta, demasiado amante, que vive demasiado retirada del resto del mundo y consagrada solo á su hijo. El hijo es la esencia misma de la mujer; una vez madre, su vida propia acabó, ya no vive mas que por renacimiento. Y por eso, si hay indulgencia y disculpas para las otras mujeres, cualesquiera que puedan ser las apariencias; si no se les debe juzgar sin conocer la profundidad y la ilacion de las causas que han podido precipitarlas en el abismo, no se concibe que nada pueda absolver á las madres que olvidan sus deberes, á las que quieren vivir por sí mismas, tener sus penas, sus felicidades independentes del ser á quien han debido transmitir con su vida toda su vida, so pena de ser mas criminales que las que los ahogan en la cuna. Jesucristo tomó la defensa de la mujer adúltera y de la Magdalena, pero no vemos que fuesen madres

Tenemos además en María, como esposa, una maravilla de la que todavía no se ha considerado mas que un aspecto. Sin duda era preciso que fuese la esposa virgen, porque debía ser madre divinamente; pero después de esta alta prerogativa, hay tambien el lado accesible y hecho para nosotros: hay, creemos, la solución de un gran problema de este siglo, que no haremos mas que indicar.

¡Cuánto no se disputa en el día sobre el matrimonio! ¡qué de manifestos! ¡qué de acusaciones! ¡qué de alegatos en pro y en contra! todos con alguna parte de razón tal vez, pero sin conducir á nada, porque se colocan, unos en el punto de vista exclusivamente social, otros en el punto de vista exclusivamente natural, muy pocos en el punto de vista religioso. De este modo los argumentos se cruzan, cada uno dice su verdad sin hacerse cargo de la de su adversario: todos pelean sin entenderse, porque separan tres cosas que deben ser inseparables, y si alguna de ellas llega á faltar por la inevitable imperfección de nuestra condición, ahí está á lo menos la religión, la religión siempre pura, sublime, perfecta para conciliarlo, acordarlo, armonizarlo todo. ¡Cuánto tiempo se disputará todavía en nombre de la naturaleza y de la sociedad, como si no fuera esencialmente natural ser social, como si las leyes sociales no envolvesen en sí necesariamente las de la naturaleza! ¿No tenéis hace diez y ocho siglos un modelo de la unión conyugal? Empezad á estudiarlo. Superior al uso establecido y que todavía no suscitaba ninguna oposición, la unión de María y de José se consideraba como una excepción: ahora que buscabais algo mejor de lo que tenéis, considerad que esa excepción debe ser la regla, y que la perfección consiste en acercarse á ella mas y mas. No olvidéis que todo está allí, y no busquéis por otros caminos el medio de resolver ese gran problema de la sumisión y de la libertad, de la felicidad del uno y de la dignidad del otro, de la vida social y de la vida íntima. Meditad estas cosas: María, niña al salir del templo y de las manos de sus padres, necesita un arriero, un guía, un defensor de su juventud y de toda su vida: esto es lo que el mundo le impone, cualesquiera que puedan ser los votos de su corazón. Acepta pues un Señor delante del mundo, y de esta suerte satisface á la ley social: es la mujer sumisa: obedece á José: José la lleva á donde quiere, á Jerusalem, á Egipto, á Belén, donde no hay posadas para su pobreza: vuelve á llevarla á su casa, donde ella le sirve con arreglo á su situación; pero aun en aquella casa hay un santuario donde no puede penetrar el ojo del mundo y que no pertenece mas que á María. Allí es libre y señora: allí ya no tiene señor; José es allí el sumiso: allí espera la hora y la voluntad de su amiga: José debe agradecer siempre, merecer siempre para recibir siempre. Y ved tambien la esposa de los Cantares, ¡tan cierto es que todo se halla en los libros sagrados! El esposo la llama su hermana y su paloma tanto como su amada; y recordad co-

mo una vez lo deja á la puerta y lo obliga á irse, porque se ha lavado los pies y no quiere mancharlos para ir á abrirle.

María debía permanecer siempre virgen, es cierto; pero aquí no consideramos el hecho particular, sino el principio; principio fecundo cuanto sagrado é inalienable, que sirve á cada mujer segun la suerte en que se halla. En virtud de él, la mujer mas sumisa y mas fiel se pertenece siempre y por consiguiente puede darse siempre. Es el admirable grano de arena opuesto á los antojos y á los arrebatos del hombre. Hasta aquí llegarás, pero no irás mas allá.

María y José son el modelo de los casados.

Esta religiosa teoría del matrimonio podría desarrollarse mucho mas; aquí solo queremos indicarla.

Si decís que esta libertad negativa no puede satisfacer á todo; que con ella todavía puede faltar mucho, todavía puede ser la cadena harto pesada y dura, responderemos, como ya queda prevenido, que para eso está ahí la religión: ahí está para llenar muchos vacíos, para sostener á los que desfallecen, para dar fuerzas y conducir al fin, que no es por cierto la felicidad en este mundo. Si, es preciso arrastrar esa cadena; esa cadena no es eterna, y el mismo Dios cuida de romperla cuando es tiempo. Todo se arreglará algun día, y los que no están hoy bien librados pueden emplazarse para la vida venidera.

Sin embargo, aunque siguiendo la ley de resignación para los males de esta vida, necesariamente incompleta, no cesemos de buscar las mejoras y de tender ardentemente al progreso. La mina es profunda y riquísima; jamás hallaremos sus límites. ¡Oh! ¡vosotras, mujeres que habeis recibido el don del talento que hace valer, que comprendéis el vínculo íntimo de la familia y de la sociedad y las maravillosas relaciones de lo visible y de lo invisible; vosotras que tenéis verdades para difundir, no menos que felicidad que dar; vosotras á quienes devora un generoso zelo, y que en el ardor de vuestra alma inmensa bastaríais á todo, á los mas tiernos desvelos como á los mas sublimes sacrificios: mujeres raras y privilegiadas, que aparecéis en cada siglo para abrir la marcha, ilustrar y guiar á vuestras hermanas; salid de las filas, enseñadnos la blanca bandera, seguid la estrella y no desmaye vuestro valor! ¡Tened confianza en María! Por largo tiempo os ha dicho el hombre como Cristo á su madre: "Mujer, que hay de comun entre tí y yo? ¡No he de cumplir las obras del Altísimo!" Pero esa María, humillada aquí y tantas veces escondida y silenciosa, es la misma á quien la inspiración eleva de repente: al mas sublime lirismo. Ensalza y magnifica al Señor que ha consumado en ella grandes cosas: palpita de júbilo porque todos los siglos la llamarán grande y bienaventurada. Nada temais, bastante glorificada será la pobre y tímida María. María recibe los homenajes de los reyes lo mismo que los de los pastores. A petición suya hace el Señor su primer milagro, y llena de confian-

za en el prodigio, exclama dirigiéndose á los que la esperan: "Haced todo lo que él os diga."

Desde lo alto de la cruz Jesús la confía á su discípulo amado, y confía este á ella. *Mujer, ese es tu hijo. Hijo, esa es tu madre.* La fe de la Iglesia ha hecho extensivas estas palabras á todo el linaje humano: este todo entero ha sido dado á la adopción de María, que es ciertamente en toda la fuerza y en el sentido mas inmenso de la expresión, *Mater dolorosa.*

Después de los tres días del mas grande dolor, en el día de la resurrección, Cristo se aparece á ella la primera. Luego que Cristo ha subido á los cielos, va María al cenáculo con los apóstoles: preside aquel primer concilio donde los milagrosos pescadores, los que van á llegar á ser pescadores de hombres con su palabra sellada con su sangre, esperan al Espíritu Santo, de que ya ella está henchida. Su martirio será el del amor. De él vive y de él muere, consumida por el deseo de volver á ver á su adorado, á su Señor, á su hijo, á su Dios y á su todo. ¡Ah! no pidais ninguna otra cosa á María durante los días harto largos de su destierro: ama y no hace mas que amar: es mujer y es madre, y no tiene mas que un solo pensamiento. En vano posee todos los dones: posee mas que todos los demás la sabiduría inspirada, la fuerza en la dulzura, la virtud de los milagros, la inteligencia del cielo y de la tierra; pero el corazón puede mas que todo y María no sabe mas que amar hasta morir.

Y tal será siempre la condición de las mujeres en el dolor, cualesquiera que sean sus facultades, su aspiración á la vida y á la gloria: siempre se les podrá hacer morir por el corazón.

Pero el que hiera porque puede sanar, el que pierda y resucita, el que es el único que sabe lo que hace dando la vida ó la muerte, el Redentor, compadece en fin las lágrimas de su mas tierna y noble criatura, que es su madre al mismo tiempo: la llama á sí, y se complace en manifestárnosla en la gloria. Apenas la muerte osa tocarla: la sepultura no tiene derechos sobre ella. . . los ángeles la arrebatan resplandeciente á los cielos. *Assumpta est Maria in caelum.*

EL FERRO DEL MONTE SAN BERNARDO.

El monte de S. Bernardo, uno de los que componen los Alpes, es una de las montañas mas altas que conocemos, pues se eleva nada menos que 10.600 piés sobre el nivel del mar. En la cumbre de uno de los picos de esa montaña un virtuoso cenobita llamado Bernardo de Menthon, archidiacono de Aoste, fundó un hospicio en el año 962, hospicio que subsiste todavía para gloria de su fundador y alivio de la humanidad.

El que no lo haya sufrido, no puede formar idea del frío que reina en el monte S. Bernardo durante una gran parte del año; es tal, que los cadáveres no pueden corromperse, y después de algun tiempo pasan al estado de momias.

El hospicio del monte S. Bernardo se halla en el borde de un lago cuyas aguas se desprenden á 7.300 piés de altura, y picos gigantescos y grandes montones de hielo rodean el santo edificio. Los religiosos que lo habitan han asociado á sus penosas tareas cierto número de perros, dotados de un instinto maravilloso y que están destinados á recorrer los sitios menos accesibles para descubrir las huellas de los viajeros extraviados. Si el hombre vive aun, el perro le anima con sus caricias y corre precipitadamente en busca de los religiosos, á los cuales atrae con sus aullidos hasta el sitio en que yace el cuerpo del infortunado. Los religiosos lo sacan del precipicio y lo trasportan al hospital, donde le cuidan y alimentan gratuitamente hasta que se halla en estado de continuar su camino.

En 1840, entre los perros del monte S. Bernardo habia uno que aventajaba á sus compañeros en inteligencia, y los otros perros como rindiendo homenaje á su superioridad, le obedecian como pudieran obedecer á sus amos. Aquel perro, llamado *Diamante* á causa de sus maravillosas cualidades, solo con el ascendiente de su instinto se habia hecho rey de sus compañeros, y con un movimiento de cabeza les distribuía órdenes para tal ó cual punto, sin que los buenos de los animales pensasen nunca en sustraerse á aquella autoridad singular. Tenia *Diamante* dos modos de aullar; uno para advertir á los religiosos que necesitaba su auxilio, y otro para convocar á su tropa, haciéndolos volver de las diferentes direcciones á que los enviaba. Confiados los religiosos en la alta inteligencia de *Diamante*, no tenian que cuidar de los perros, porque sabian que jamás se apartarian de las órdenes que les daba, ni descuidarian un minuto la vigilancia de que estaban encargados.

Una noche en que el cielo estaba sombrío y cargado de nubes, los prolongados aullidos de *Diamante* advirtieron á los religiosos que algunos infelices sepultados en la nieve reclamaban pronto socorros. Muchos de ellos, guiados por el perro y provistos de faroles, corrieron tan presto como los malos caminos podian permitirlo, y á unos cuatrocientos pasos del hospicio descubrieron sepultados en la nieve á un hombre y una mujer privados de sentido. Gracias á los cordiales que habian llevado consigo, esperaban volver á la vida á aquellos desgraciados; pero viendo que eran inútiles todos sus esfuerzos, y que la intensidad del frío agravaba el miserable estado de los viajeros, resolvieron trasportarlos al hospicio, en la esperanza de que el calor de una buena cama renovaría en ellos la circulación de la sangre.

Quando se iban á poner en marcha, *Diamante* hizo los mayores esfuerzos para detener á los religiosos, y antes, mientras prodigaban sus auxilios á los

dos viajeros, no había hecho mas que ladrar y saltar al rededor de los que no hacian otro oficio que el de espectadores; pero ninguno hizo caso, y todos se dirigieron hácia el hospicio, sin cuidarse de las advertencias del perro.

¿Había descubierto *Diamante* una nueva víctima? No, porque los religiosos habían registrado en todas partes sin descubrir nada. Pero yo no sé qué cosa decía á *Diamante* que había todavía en la nieve un ser que sufría. No era el olfato, porque el frío debía necesariamente paralizar este sentido: ¿qué era pues?

La mujer á quien se encontró cerca del viajero llevaba la gorra de un niño, y de la faltriquera de su delantal salía el cuello de una botellita cubierta de mimbre, con que en Alemania se suele dar de beber en el campo á los niños de dos ó tres años. ¿Dedujo el perro por la gorra y la botella que debía ir con los viajeros un niño? Esto sería muy extraordinario, y nosotros no nos atrevemos á asegurarlo; pero el hecho es que *Diamante* no quería alejarse porque sospechaba había otra víctima, y no se engañaba.

Cuando el viajero y su mujer cayeron agobiados por el frío, lucharon largo tiempo contra la desgracia que les amenazaba; pero poco después procuró salir del golfo de nieve en que veía aproximarse la muerte, y ayudada de su marido, á quien ella ayudaba á su vez, uno y otro anduvieron cincuenta pasos arastrándose de rodillas, y he aquí cómo se explica que el pobre niño no hubiese sido hallado con su padre y su madre.

Viendo *Diamante* que ocupados los religiosos con los dos viajeros no querian oírle, se lanzó solo en busca de la tierna criatura, y no tardó en descubrir la tendida sobre la nieve y sin movimiento alguno. Al momento se acostó lo mas cerca que pudo del niño, que apenas tenia tres años, y con la ayuda de sus patas consiguió colocarle sobre el vientre: entonces lo envolvió lo mejor que pudo con sus cuatro patas y su larga cola, y se puso á lamerle en todo el cuerpo, y esto por mucho tiempo, hasta que al fin conoció que el niño hacia algunos movimientos. El perro redobló entonces sus cuidados y sus caricias, y cuando vió que el niño se hallaba en perfecto conocimiento, lo puso en tierra, se echó sobre el vientre, se encogió cuanto pudo, y con sus ademanes y su pantomima invitó al niño á que montase en su espalda. Esto lo hizo así, se puso á horcajadas sobre *Diamante*, y con los dos bracitos rodeó el cuello del robusto animal, que trasportó de aquel modo hasta el hospicio su preciosa carga, llegando en el momento mismo en que los viajeros, que acababan de recobrar sus sentidos, lloraban la suerte de su niño, á quien no esperaban volver á abrazar.

Juzgado lo acariciado, festejado y besado que sería *Diamante*! Y el dueño del animal recibía todas las felicitaciones, todas las demostraciones de gratitud con una modestia que aumentaba el precio de su acción. Lo que había

hecho era tan natural en él! ¿No era su ejercicio y su misión arrebatar á la muerte los desgraciados? Pues bien, había cumplido con su deber y había llenado su misión, sin que se le debiese por ello cosa alguna. Esto parecian decir sus ojos, clavados con ternura en el niño, que jugaba con sus largas orejas.

Diamante debe haber muerto ya, porque era muy viejo; los religiosos del monte de S. Bernardo le habrán enterrado, no faltando al menos una lápida sencilla que recuerde la inteligencia y la filantropía de aquel pobre perro.

SOBRE LOS MILAGROS.

Ya hemos visto que los milagros abundaban entre los cristianos, y los hemos contado sencillamente sin presentar otras pruebas que el relato de los que fueron testigos de ellos, ó el de las santas víctimas que en medio de los tormentos y los suplicios los veían descender sobre ellas, ya como un socorro que afirmaba su valor, ya como precursor de esa vida bienaventurada y eterna que debía premiar su combate y sacrificio. Empero hemos reflexionado que en los infortunados tiempos en que vivimos, las narraciones que insertamos para edificación de los fieles, pueden caer en manos de incrédulos que acostumbrados á negar todo lo que es superior á su comprensión, podrian convertirlos en motivo de escandalosa rechifla. Así pues, debiendo hablar aquí de un santo cuya vida fué una serie no interrumpida de hechos milagrosos, nos creemos en el deber, considerándolo bajo un punto de vista general, de tratar brevemente la cuestion de los milagros, porque no se necesita mucho para ilustrarla y resolverla.

Háse observado que no existe en el mundo ningun pueblo, ya civilizado, ya bárbaro, ni una horda de salvajes aun entre las mas embrutecidas, cuyas tradiciones religiosas no estén acompañadas de milagros (*). En efecto, los caracteres puramente *naturales* y *humanos* en ningun caso pueden probar otra cosa sino una misión puramente humana. Para probar otra cosa es preciso elevarse sobre el hombre, puesto que se trata de Dios, y establecer su misión por medio de caracteres sobrehumanos.

“Los milagros falsos prueban los que son verdaderos,” ha dicho Pascal con

(*) Entre los que han fundado religiones, Mahoma es el único que no ha pretendido la cualidad de hacer milagros; pero esta misma excepcion prueba la regla, pues sabiendo muy bien sus sectarios que los milagros eran condicion necesaria de toda mision divina, le han atribuido millares despues de su muerte.